

ASTERIX

VIDA EN LAS ALTURAS

Han pasado más de 15 minutos y yo sigo esperando este ascensor que no baja nunca, recién va en el piso 17, y la fila para tomarlo no avanza. Aquí nadie tiene prioridad, ni niños ni viejos, ni siquiera alguien en silla de ruedas.

Me duelen los brazos porque la bolsa de la compra que está super pesada ya que compré todos los *encargos* que me hizo Rubén, que como tiene un pie enyesado, decidió quedarse en reposo absoluto en el sofá del living frente a la tele que mira todo el día y se entusiasma con todo lo que ve. Perfectamente podría caminar con el pie enyesado, pero no, para eso estoy yo. Odio sus encargos. Ahora fue un balón de Pilates para las sentadillas, raid para matar moscas a distancia, un gorro andino porque se le enfría la cabeza, se enojó cuando le corregí y dije *calva*. Además, calcetines de polar para ver la tele, la revista del sudoku y papel para la impresora.

También me duelen los pies porque como tengo que ponerme tacos para salir, Rubén dice que aquí no puedo salir con las pantuflas de goma. Dejaría la bolsa de las compras en el suelo, pero me da miedo que se la roben. Aquí hay el mismo cartel que en la iglesia: "CUIDE SUS PERTENENCIAS". La fila avanza otras seis personas y calculo que en unos tres viajes me tocará el turno de subir. A quien se le ocurrió venir a vivir a esta megatorre de 35 pisos, porque según Rubén, por fin iba a poder ver la cordillera nevada, porque en el pasaje sólo veía la casa de enfrente. Como si hubiera nieve, aquí lo que se ve puro smog. Rubén

ASTERIX

me confundió con cifras, planos, plusvalía, conectividad con tantas cifras, planos, plusvalías, conectividad, ubicación de lujo en pleno centro, y no pude ni siquiera discutirle porque según Rubén no entiendo y no deja de tener razón, pero no puedo acostumbrarme. Añoro mi calle sin vista, pero con vecinas, sin metro a la puerta, pero con conocidos en todos los negocios, donde a una la saludan por su nombre y la convidan a un tecito o un mate y donde vuelan pájaros y caen hojas, aunque haya que barrerlas. Aquí los únicos pájaros que hay son los aviones y los helicópteros.

Rubén me manda un whataspp para que me apure porque tiene hambre y sueña con un choripán. Me pregunta si se me ocurrió comprarle una longaniza y marraquetas.

No le contesto. Me quedo con la vista fija en el cartel que dice: “prohibido *subir animales so pena de multa*” aunque nadie hace caso ni paga nada. Me duelen tanto los pies que le pido permiso a una señora delante mío para apoyarme en la manilla de su carrito de compras. Algo me alivia.

El visor indica que el ascensor se ha detenido en el piso ocho y no vuelve a andar. Seguro que están cargando algo. Debería estar prohibido. Para eso hay escaleras. Pasa un momento y nada. Se produce un alboroto. Alguien grita, una señora aprieta el botón con furia, otros llaman al conserje que no aparece, una vecina del siete mandas a su hijo a ver qué pasa en el ocho. Un señor con bastón alega que el alcalde tiene la culpa por permitir estas construcciones; la vecina del

ASTERIX

siete le pide más respeto porque es primo segundo suyo; el del bastón insiste en que es un delincuente y una estudiante de uniforme les grita amargados, pero el ascensor no se mueve. Alguien propone llamar a carabineros, pero otro dice que si no hay heridos ni asaltados no pueden hacer nada, y recomiendan paciencia.

Otro Whatsapp de Rubén, qué me pasa, que vuelva de una vez, y que salga luego de la peluquería o de donde esté porque él se muere de hambre.

-Entiende que no puedo ver el partido con hambre. ¡Se me pasan las jugadas!

¡Peluquería! Ojalá. Por mí que se muera de lo que sea y que gane la Unión y pierda el Colo, aunque se enfurezca y ande a garabato limpio hasta el próximo partido. No puedo perdonarle que estemos viviendo aquí, sobre todo cuando tiembla y parece que la torre se inclina, se caen todos los adornos, los cuadros, y yo grito aterrada y él se burla diciéndome “*alaraca* este es un país de temblores”. En la casa todo se movía y caía mucha tierra cuando temblaba, pero teníamos los pies en el suelo. Además, cuando terminaba de temblar podíamos salir a la calle y comentar con los vecinos. Aquí no conozco a nadie y la gente no saluda. Solo la miran a una y ni siquiera me atrevo a bajar a comprar con la bata-pintora, porque como dice Rubén me tengo que vestir bien para que no parezcamos gente rasca.

Rubén arremete de nuevo. - Qué me pasa. -Qué dónde ando.

Le contesto que estoy en la torre esperando el ascensor que no se mueve.

¿Y las escaleras? - pregunta

ASTERIX

No le contesto.

No subo estas escaleras ni con compras ni sin compras. Las piernas me hormiguean y me aterro. Ha oído en la tele que puede ser un anticipo de un ACV, y no quiere morir en esta pocilga rodeada de gente extraña y de seguro que la bajan a una en un saco porque aquí solo cabe un cajón de angelito. La señora delante de mí me pide que le guarde el puesto, para sacar al niño al patio, pero alguien dice fuerte: "No se pueden guardar puestos". La señora pide comprensión, nadie le contesta y el niño ha dejado una poza a sus pies y sale mal olor.

Increíble cómo pasa el tiempo. Ya no alcanzo a cocinar nada y tendré que hacer algo con huevos revueltos, porque Rubén estará rugiendo de hambre. Siempre está hambriento. Ojalá no se le haya ocurrido ni carbonada ni charquicán porque no termino nunca de picar verduras. A cada rato se felicita porque al estar enyesado puede comer comida casera y no la colación de la empresa.

Por el fondo del pasillo aparece el conserje, con la camisa abierta y el pelo transpirado. No lo dejan hablar casi. Que la demora, que la hora, que están apurados, que anda con la guagua y le toca papa, que viene con las pizzas que tienen que llegar calientes o no le pagan, y qué pasa con el ascensor.

El conserje no alcanza a contestar cuando se oye un solo grito: ¡ahí viene! Es cierto. Lentamente empieza a bajar sin detenerse en otro piso. Cuando llega, por fin, hay que esperar que vacíe la mudanza la señora del ocho que ha echado

ASTERIX

todas sus pertenencias en bolsas y cajas. Le ofrecen ayuda para apurar la causa, pero ella se niega rotundamente a que toquen nada.

-Saquen sus manos de mis cosas -grita alterada.

Y hay que ver que tiene cosas. Otros diez minutos esperando que saque las bolsas, dos maletas, una jaula con un canario semi desplumado, dos plantas de interior y la cama del perro.

Faltan seis personas para que llegue mi turno. Ya no puedo más. Tengo una angustia que me aprieta el pecho y me cuesta respirar.

Saco fuerzas de flaqueza y les pregunto a los de la fila si alguien va al piso 32. Una señora con anteojos oscuros me contesta que ella va. Le pregunto si no es mucha molestia que deje esa bolsa en el departamento 320 que queda junto al ascensor, porque si sigo esperando pierdo la hora en el hospital.

-Ligerito la recogen -le digo con seguridad.

Me dice, amable, que no me preocupe, que mi salud es más importante.

Le entrego la bolsa con un “muchas, pero muchas gracias” y me devuelvo hacia la entrada.

Salgo a la calle donde me aturde el tráfico de micros, autos. Salto entre los ambulantes y camino hasta el paradero donde tomo la combinación para volver a mi antigua casa, mi casa. Me quedaré donde mi hija, aunque reclame mi yerno, que la verdad que es bien pesado conmigo y no me deja educar a los niños, pero

ASTERIX

mal que mal, Rubén les pasó la casa. Ya en la micro, apago el celular que llama y llama y que no pienso en volver a conectar.

En la medida que voy mirando mi antiguo recorrido me parece que respiro mejor y hasta se me olvida la pataleta de Rubén, porque de seguro que puro almorzó un plátano y una naranja y estando con una pierna enyesada.